

# La poética del fin

Francisco José García Lozano

cine

*La melancolía es la felicidad de estar triste*  
(VÍCTOR HUGO)

La historia de las ideas ha dado un estatuto jurídico y fundador al Aforismo 23º del libro VI de los Aforismos de Hipócrates que define el estado de melancolía de la siguiente manera: «Si la tristeza (*dysthymía*) y el llanto duran largo tiempo, tal estado es melancólico». Este texto de Hipócrates, junto con el *Problema XXX* de Aristóteles y las *Cartas* del Pseudo-Hipócrates, esa especie de novela epistolar que podría datarse en la segunda mitad del siglo I a.C., han forjado todo un imaginario cultural, narrativo (Starovinsky, Pigeaud, Müri, Burton, Tellenbach) y pictórico (Miguel Ángel o Durero con su fa-

moso grabado *Melancholia*, 1517) que ha recorrido toda nuestra historia hasta el *spleen* de los modernos parisinos. Ahora Lars von Trier (Copenhague, 1956) retoma la nomenclatura de la bilis negra para adaptarla a su particular visión del fin del mundo en su último film, *Melancolía*.

Tras sus nada afortunados comentarios sobre Hitler y el nazismo en la presentación de su película en Cannes, que le valió el título de *persona non grata* en el Certamen, von Trier revalidó su condición de polemista haciendo que se hablase más de él que de su película. Y no es que el interés, y hasta el exceso

no acompañe a sus películas –con filmes como *Rompiendo las olas* (1996), *Bailando en la oscuridad* (2000), *Dogville* (2003) o *Anticristo* (2009)–, sino que siempre encuentra argumentos para provocar algún torbellino mediático. Las películas sobre el fin del mundo o catástrofes (las *disaster movies*) son a menudo un lugar común para las grandes productoras americanas. Voluptuosos efectos visuales son protagonistas en historias que, a veces, no inciden en nada más que en la necesidad de sobrevivir, sin ahondar en las preocupaciones más humanas y en los actos más instintivos del hombre (*Armageddon*, de Michael Bay; *2012*, de Roland Emmerich; *Deep Impact*, de Mimi Leder...). Trier con *Melancolía* propone contagiar un estado del alma asociado a la depresión, más que lanzar una nueva imaginación sobre el posible destino de la Humanidad. *Sacrificio* (1986), de Tarkovsky, película con la que ya quiso dialogar Trier en *Anticristo*, suponía un alegato contra la sociedad moderna y su irracionalidad ante un previsible fin, pero desde un punto de vista netamente conservador, reduciéndolo todo a la falta de espiritualidad; sin embargo, el danés prefiere aquí mostrarnos su particular radiografía del cinismo social en el que vivimos, pero cuyo único final compensatorio no es la búsqueda de una

nueva espiritualidad (tipo Tarkovsky o Malick), sino la muerte, la destrucción y la desaparición como lo mejor que le puede pasar a nuestra sociedad; de hecho, una de las protagonistas, Justine, acepta son serenidad su destino, convencida que es lo mejor que puede sucederle a la Tierra, «mala por naturaleza».

De manera similar a *Anticristo*, *Melancolía* arranca con un prólogo a cámara lenta, donde podemos ver los diferentes personajes que van a conformar la trama. Vemos igualmente varias escenas del planeta Melancolía y su amenazante trayectoria, y una serie de escenas poéticas y oníricas de un gran magnetismo, gracias al acompañamiento omnipresente del preludio del primer acto de la ópera *Tristán e Isolda*, de Richard Wagner. Justine (Kristen Dunst) flotando como una moderna Ofelia con flores en las manos, inspirado en el lienzo «Ofelia» (1852), de sir John Everett Millais (1829-1896), atrapada por unas hebras de lana gris, como una gran telaraña, rodeada de una lluvia de pájaros muertos o imágenes del Renacimiento como el óleo «Los cazadores en la nieve» (1565), de Brueghel el Viejo (1525-1569)... conforman un fascinante arranque que nos explica, en apenas siete minutos, todo lo que debemos saber de la película con un estilo

muy visual y de una sombría belleza.

Tras el prólogo, comienza la primera de las dos partes en la que está dividida la historia, titulada *Justine*. Interpretada por una magnífica Kristen Dunst (Premio a la Mejor Actriz en la última edición de Cannes), Justine se dirige al castillo de su hermana Claire (Charlotte Gainsbourg) y su marido John (Kiefer Sutherland) donde celebrará su unión con Michel (Alexander Skarsgard). Durante los festejos, el planeta Melancolía avanza hacia la Tierra, siendo Justine la única que parece intuirlo, ocasión que el director aprovecha para analizar a sus personajes y reacciones, centrándose en Justine, que sufre un agudo problema depresivo, y que se mantiene como la más calmada frente a los reproches, exabruptos y odios que están aflorando en la celebración. Las tensas relaciones entre los personajes protagonistas, y especialmente entre las dos hermanas, se pondrán de manifiesto a medida que se acerque el inevitable final. Esta primera parte pudiera parecer un pequeño «remake» de *Celebración* (Thomas Vinterberg, 1998), una de las películas fundacionales del Dogma 95, y podría desentonar en el conjunto en cuanto a temática con la segunda parte, sin embargo, viene a remarcar aún más la amargura, el desencanto y

el nihilismo de una sociedad perdida y disfuncional que acabó hace ya tiempo, para la cual sólo existe un final, la destrucción.

La segunda parte, titulada *Claire*, se centra en la relación entre las dos hermanas y la extraordinaria aparición del planeta Melancolía. La calidad e interés de esta segunda parte descompensa la película en su conjunto, resultando la primera algo tediosa y pesada. La posibilidad de que Melancolía colisione con la Tierra y lo destruya todo, llevará a Claire a una lucha contra lo inevitable y, curiosamente, a buscar sensatez, paz y tranquilidad en la única persona que, aparentemente, parece haber comprendido que toda lucha es absurda, Justine, convirtiéndose en la protectora y guía de la familia en los últimos momentos. Terminamos contemplando el mundo con los ojos de Justine, entregados al enfermizo y extraño placer de contemplar los últimos instantes de la Tierra y de nosotros mismos.

En muchos aspectos, *Melancolía* complementa la visión de lo humano propuesta por Terrence Malick en su film *El árbol de la vida*. Si éste prefiere la poética de lo visual y la meditación serena de la naturaleza y lo humano como una simbiosis de principios encontrados y, a veces, contrarios y reconciliados en la Trascendencia, Trier resulta

más visceral y tajante: para él no hay Dios, ni habla de reencontrarnos con nadie más allá del aquí. Con su final von Trier reivindica el morir como desaparecer, Malick el morir como otra forma de existencia en la Trascendencia.

*Melancolía* resulta una película descompensada, pero con grandes momentos que, como cine arriesgado y diferente, encontrará incondicionales y detractores a partes iguales. Cautivadora, imaginativa e intensa, *Melancolía* nos sumerge en un mundo espeso y asfixiante donde se nos muestra la hipocresía y falsedad que mueve a las personas en todo momento, así como el temor y la desesperación que emergen al ver que la función se acaba.

**Ficha técnica:**

**Título original:** Melancholia.

**Dirección y guión:** Lars von Trier.

**Nacionalidad:** Dinamarca, Suecia, Francia, Alemania e Italia.

**Año:** 2011.

**Duración:** 139 minutos.

**Género:** Drama psicológico. Ciencia ficción.

**Intérpretes:** Kirsten Dunst (Justine), Charlotte Gainsbourg (Claire), Kiefer Sutherland (John), Charlotte Rampling (Gaby), John Hurt (Dexter), Alexander Skarsgård (Michael), Udo Kier (organizador de la boda), Stellan Skarsgård (Jack).

**Web oficial:** <http://www.golem.es/melancholia/>